



Perdón sí, olvido...

Antonio Ávila Chuliá

“... El perdón conlleva esa labor dolorosa de renunciar a algo a lo que se tiene derecho y una vez efectuada esa liquidación, el agresor está libre de obligaciones morales hacia su víctima. Este gesto supone también la disolución del vínculo establecido entre ambos y del poder que la víctima tiene sobre su victimario: la exigencia de que pague por el mal que ha infligido...” SOBRE EL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN: UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA.

JoséLuisLilloEspinosa.MédicoPsiquiatra.

Hemos oído con frecuencia: “...yo lo perdono, pero no olvido”; se absuelve con el corazón pero nada frena el recuerdo de la ruindad, subsiste en la memoria. Para perdonar es ineludible evocar el ultraje. Quien disculpa no es ecuánime con dicha tolerancia, tan sólo respeta la ley al desistir de la venganza, el justo castigo o a la reparación en aras a intereses superiores. Es un acto de generosidad no de justicia, nadie tiene derecho a reclamar indulgencia del engañado, este lo puede rechazar con toda legitimidad. No debe sorprender que nunca se olvide la ofensa recibida, pues el perdón es un beneficio para el perdonado, sirve al compasivo y a la sociedad para evitar entre otras cosas espirales de desquite. En el caso que el descrédito ocasionado sea delito, el perdón de las víctimas no implica el fin de las responsabilidades legales del culpable. El sistema penal es un procedimiento que en absoluto institucionaliza la venganza, aplica penas, pero con ellas trata de reintegrar a la sociedad a ese culpable y evitar del mismo la comisión de futuras ilegalidades.

El concepto de perdón se subordina en muchas ocasiones al pensamiento cristiano, así como al judaísmo e islamismo, de modo que incluso ha llegado a imponerse en puntuales supuestos el “amemos a quienes nos atropellan”, como una exigencia o si lo prefieren como un mandato ético de obligado cumplimiento el cual, caso de contravenirse, atenta contra el ser humano. Bien, aunque perdonemos, los sentimientos y afectos amargos, nocivos, siguen vigentes en nuestra percepción, pensamiento, memoria, emoción... a nivel preconsciente mitigado, refrenado, jamás cicatrizan. Si además el causante no admite la afrenta, el trauma psíquico se acrecienta, en tales situaciones es complejo acabar con la aflicción, el rencor y el deseo de revancha. El escarnecido precisa de alguien que empatice con él por lo ocurrido.



Una cuestión interesante es la parábola del hijo pródigo, para algunos injusta con respecto al primogénito que permanece junto al patriarca. Los protagonistas un padre y sus dos hijos, viven en paz, son agricultores muy ricos con una buena vida. Sin embargo, el benjamín siente cómo le invade su tediosa existencia, no le satisface, se niega a levantarse a diario muy temprano, oración, lectura de la sagrada Biblia; luego, el trabajo y, más tarde, otra vez a orar. Decide exigir su parte de herencia y marcharse. El padre respeta la libertad de su hijo: es él quien debe encontrar su proyecto de vida. Parte el muchacho a un país lejano, para hacer lo que le guste

sin reglas ni cortapisas. Durante algunos meses todo va bien, se siente feliz. Poco a poco, el hastío le atenaza, tras despilfarrar el dinero a manos llenas, su nivel de subsistencia está por debajo del de los cerdos. Recapacita, llega a la conclusión que era mucho más libre en su casa como propietario, ayudando en la empresa familiar. Comprende, ha equivocado el camino escogido. Debe volver a empezar.

Retorna a la casa del padre, éste lo abraza, le ofrece una fiesta, y su vida puede comenzar de nuevo partiendo de esa acogida. El hijo ha comprendido que el trabajo, la humildad, la disciplina de cada día crea en verdad la fiesta, la libertad. El futuro no será fácil, volverán las tentaciones, pero conoce el sentido de ser hombre, del trabajo, del vivir para los demás. En cuanto al primogénito, el cual ha permanecido en casa con el bregar diario, reacciona mal, reprocha la actitud de su progenitor y censura a su hermano, a quien niega todo parentesco. Como han dejado escrito muchos teólogos y expertos bíblicos el nombre de la parábola debería ser “el padre misericordioso”, o “parábola del amor del padre”, en lugar de “el hijo pródigo”. El enfoque de la parábola no es la del joven rebelde y luego arrepentido, sino, en este caso, la del padre que espera y corre a dar la bienvenida al hijo.

Cuando se sufre una agresión se altera y vulnera una norma digna entre la víctima y su victimario, además, este último lesiona a su vez el ordenamiento objetivo, y su redacción jurídica, vigente en determinada comunidad a la cual pertenecen ambos. Es por ello que la sociedad se ve obligada a intervenir, aplicando la disposición legal, para restaurar ese orden y acuerdo judicial. La sociedad, a través de los organismos competentes, adquiere presencia en el oprobio y castiga al culpable por quebrantar la codificación oportuna, civil y moral que rija en ella. Con la aplicación del castigo al culpable se actúa por el principio de ejemplaridad, recordando al conjunto de la sociedad lo que no se puede hacer y que quien la hace la paga.

Es imposible ser Dios, somos en exceso humanos, además poco amigos de aceptar consejos de nadie en ciertos asuntos, menos aun si se trata de ejercer el perdón por algo que se ha hecho de manera planeada, cruel e irreparable sin importarle, aunque se diga con la boca pequeña que perdonar no es olvidar sino recordar sin pesar, o que somos capaces de transformar ese mal y al mismo tiempo aprender de la experiencia. Uno desea con todas sus fuerzas ejercer el perdón, pero a la vista de lo sufrido es incapaz de llevarlo a término, en especial si el autor es un hijo, un hermano, nuestra propia pareja, pues si al condonar no conseguimos la reconciliación, ni exculpar a la persona que causó el daño, ni supone dejar ir el dolor, soltar la mano al pasado para caminar sin lastres hacia el futuro, parece que perdonar sin dejar la cuestión en el olvido es lo eficaz dado que nos libera de la pesada carga del resentimiento. Pasado el tiempo quizás podremos superarlo con carácter firme y un dominio de las emociones. En ello estamos, es lo que hay amigo lector.